

MANIFIESTO NACIONALISTA

*El Alzatismo Moderno en el Siglo XXI: Tradicionalismo
Católico, Hispanismo y la Tercera Posición frente a la
Fragmentación Histórica de Colombia*



**ENSAYO DOCTRINAL E HISTÓRICO DE LA TERCERA
POSICIÓN COLOMBIANA**

Unión Nacionalista Colombiana (UNC)

ÍNDICE GENERAL

Introducción: Una Patria Fragmentada por el Faccionalismo

Capítulo I: Las Raíces Históricas de la División Colombiana y el Desastre Geopolítico

Capítulo II: Gilberto Alzate Avendaño: El Mariscal contra el Establecimiento

Capítulo III: Filosofía y Doctrina Alzatista: Hispanidad, Orden Orgánico y Corporativismo

Capítulo IV: El Alzatismo en el Siglo XXI: Metamorfosis Digital, Estética Identitaria e Infiltración Universitaria

Capítulo V: La Nueva Propaganda: Agitación Visual de la Unión Nacionalista Colombiana (UNC) e Inspiración Europea

Conclusión: Hacia una Reivindicación de la Unidad Nacional

Referencias Bibliográficas

INTRODUCCIÓN: UNA PATRIA FRAGMENTADA POR EL FACCIONALISMO

Al igual que gran parte de Hispanoamérica durante el convulso siglo XX, Colombia atravesó profundas divisiones políticas que marcaron el rumbo trágico e inestable de su historia nacional. Estas fracturas de carácter estructural, heredadas de forma directa desde los enconados enfrentamientos entre federalistas y centralistas durante la primera mitad del siglo XIX, lejos de desaparecer en favor de una verdadera unidad nacional unificada bajo un ideal patriótico, continuaron transformándose. El encono original mutó y alimentó posteriormente la enemistad sectaria entre los partidos Conservador y Liberal, consolidando de este modo una patria fragmentada por intereses faccionalistas y mezquinos intereses electorales.

La magnitud colosal de esta división condujo al país a una sucesión continua de guerras civiles y a una violencia interna devastadora. Cientos de miles de colombianos perecieron en conflictos intestinos derivados exclusivamente de aquella confrontación política partidista. Este desangre no solo destruyó el capital social de la república, sino que debilitó profundamente las instituciones de la nación y su presencia territorial, permitiendo, entre otras funestas consecuencias históricas, la segregación y pérdida definitiva de Panamá bajo la influencia asimétrica y agresiva de los intereses extranjeros de los Estados Unidos de América. Washington se aprovechó con audacia de la crónica incapacidad de la dirigencia colombiana para mantenerse unida, coordinada y soberana sobre sus propias fronteras geográficas.

Décadas después, en medio del agotamiento moral, demográfico y económico provocado por aquella inestabilidad permanente, surgió el gobierno de facto y de carácter militar liderado por el general Gustavo Rojas Pinilla en la década de 1950. Para muchos sectores marginados de las dinámicas tradicionales, este periodo representó uno de los pocos momentos en que la República de Colombia experimentó un verdadero impulso modernizador, de infraestructura vial y desarrollo industrial autónomo. Sin embargo, liberales y conservadores, olvidando temporalmente sus diferencias doctrinales históricas ante la amenaza común a sus privilegios

de casta, terminaron confabulando y uniéndose mediante pactos exclusivos para poner fin de manera abrupta a dicho gobierno militar, restableciendo de este modo el sistema bipartidista mediante un esquema oligárquico de alternancia obligatoria conocido como el Frente Nacional, todo bajo una calculada apariencia democrática.

Es precisamente dentro de este complejo contexto de crisis y pactos excluyentes donde surge el alzatismo, una corriente ideológica y de masas inspirada en el pensamiento volcánico y la pluma afilada de Gilberto Alzate Avendaño. Nacido en el seno del conservadurismo caldense, Alzate se enfrentó en múltiples oportunidades a los sectores más tradicionales, plutocráticos y reaccionarios de su propia colectividad, representados históricamente por la figura de Laureano Gómez. Alzate Avendaño comprendió tempranamente que la superación definitiva de las divisiones nacionales no se lograría mediante pactos burocráticos de élites, sino mediante un modelo integrador de unidad política y justicia social. Su propuesta recibió el influjo intelectual de diversos movimientos nacionalistas, regeneradores y corporativos europeos del siglo XX, orientándose con firmeza hacia la industrialización acelerada, el fortalecimiento de la soberanía estatal y la edificación de una identidad hispanoamericana sólida.

Aunque el alzatismo orgánico nunca alcanzó la Presidencia de la República debido a las trampas del clientelismo y la muerte prematura de su líder, sí logró impregnar de manera indeleble la memoria histórica y la conciencia de determinados sectores nacionalistas colombianos. Su influencia doctrinaria se puede rastrear con absoluta niidez en movimientos y núcleos intelectuales posteriores que, a lo largo de las décadas, reivindicaron los elementos del nacionalismo de matriz hispanista, el corporativismo económico y la denominada "Tercera Posición" frente a las lógicas imperantes de la Guerra Fría.

En el panorama político contemporáneo, el alzatismo continúa subsistiendo como una corriente disidente, en ocasiones marginal y semiclandestina respecto al conservadurismo oficialista y neoliberalizado. No obstante, la potencia y profundidad de sus planteamientos trascienden con creces las estructuras anquilosadas del Partido Conservador tradicional. Sus adeptos modernos de las nuevas juventudes de la Unión Nacionalista Colombiana (UNC) incorporan elementos doctrinales ricos provenientes del hispanismo clásico, el nacionalismo católico y los análisis pormenorizados sobre movimientos corporativos europeos, tales como la Falange Española de las JONS o el tradicionalismo social ibérico.

CAPÍTULO I: LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE LA DIVISIÓN COLOMBIANA Y EL DESASTRE GEOPOLÍTICO

La historia de la República de Colombia se encuentra indisolublemente ligada a un sino de discordia y fragmentación estructural. Desde el momento mismo en que las armas patriotas expulsaron a la administración virreinal, el vacío de poder no fue ocupado por una voluntad nacional unificada, sino por una feroz y abstracta disputa filosófica sobre la organización del Estado. Las élites criollas escindieron el territorio en dos bandos irreconciliables: los centralistas y los federalistas.

Esta dicotomía inicial entre centralistas y federalistas reflejaba tensiones geográficas, económicas y de clase mucho más profundas de lo que sugerían los encendidos debates parlamentarios de la época. Mientras que Bogotá y el altiplano central abogaban por una administración concentrada que salvaguardara las estructuras jerárquicas coloniales y el monopolio fiscal, las provincias periféricas veían en el federalismo radical una vía legítima para el libre comercio y la autonomía regional. Estas divergencias doctrinarias impidieron la rápida consolidación de un orden institucional maduro, condenando a la naciente república a una serie continua de ensayos constitucionales que, en lugar de conciliar los ánimos, profundizaron los resentimientos regionales.

A mediados del siglo XIX, la formalización programática del Partido Liberal (1848) y del Partido Conservador (1849) institucionalizó y agravó de manera exponencial estas divisiones previas. Las identidades partidistas mutaron rápidamente de simples corrientes de opinión o clubes electorales a auténticas adscripciones hereditarias y existenciales, con tintes casi religiosos. El ciudadano no nacía simplemente colombiano; nacía adscrito de forma irrevocable al color rojo liberal o al azul conservador. El resultado directo de esta tribalización de la vida pública fue un siglo XIX desangrado por nueve grandes guerras civiles de carácter nacional, más de cincuenta insurrecciones provinciales menores y un estancamiento económico crónico.

"El faccionalismo partidista en Colombia operó durante un siglo como un disolvente absoluto del sentido de patria. El sectario no veía en su compatriota de la otra colectividad a un hermano con opiniones diversas, sino a un enemigo teológico que debía ser físicamente extirpado del suelo nacional".

— Análisis Historiográfico Contemporáneo

Este canibalismo político no afectaba únicamente a las altas esferas de la intelectualidad bogotana. Por el contrario, permeaba las estructuras agrarias más básicas de la nación. El minifundista, el peón y el artesano defendían los colores de sus colectividades con una fiereza ciega, impulsados por redes de clientelismo y patronazgo que los vinculaban a los terratenientes locales. Las guerras civiles, por tanto, se libraban con un nivel de barbarie que destruía sistemáticamente los campos colombianos, descarrilaba los pocos proyectos ferroviarios en construcción e impedía la acumulación de capital necesario para articular una infraestructura moderna de exportación. Cada bando, al asumir el poder temporal mediante las armas, redactaba una nueva constitución con el único propósito de excluir, perseguir y despojar a la facción vencida, perpetuando un círculo vicioso de revancha y alzamientos.

La Guerra de los Mil Días y el Desmembramiento de Panamá

La máxima expresión de este canibalismo partidista estalló en octubre de 1899 con el advenimiento de la Guerra de los Mil Días. Durante tres años, el territorio colombiano fue testigo de combates caracterizados por una crueldad inusitada, donde la guerra de guerrillas sustituyó a las batallas de líneas regulares, desarticulando el tejido productivo nacional. Las estimaciones señalan que el conflicto cobró la vida de aproximadamente 100.000 colombianos, una cifra espeluznante si se considera el censo demográfico de la época.

Las finanzas del Estado colapsaron de forma definitiva; la emisión descontrolada de papel moneda inconvertible desató una hiperinflación galopante que aniquiló el valor del comercio interno y externo. Los campos de cultivo, especialmente en los departamentos de Santander, Tolima y el Magdalena, quedaron sembrados de fosas comunes y desprovistos de mano de obra. El debilitamiento extremo y la postración financiera en que quedó sumida la república

tras la firma de los tratados de paz de Neerlandia y Wisconsin dejaron al país completamente inerme ante las ambiciones geopolíticas de las grandes potencias extranjeras que codiciaban el control de las rutas interoceánicas.

Los Estados Unidos de América, bajo la administración decididamente expansionista e imperialista de Theodore Roosevelt, supieron instrumentalizar con frío cálculo el legítimo descontento de la población del departamento de Panamá, la cual se sentía históricamente abandonada y fiscalmente expoliada por el centralismo bogotano. El 3 de noviembre de 1903, apenas un año después de haber cesado las hostilidades internas en el continente, y con el apoyo militar y naval explícito de la marina de guerra estadounidense (que impidió el desembarco de las tropas de contingencia colombianas), se proclamó la separación definitiva de Panamá. La patria se destruía a sí misma en el interior montañoso debido al sectarismo partidista, mientras perdía su activo geopolítico y estratégico más valioso en la periferia marítima, un trauma histórico que marcaría para siempre el subconsciente político de la nación.

Conflicto Bélico Principal	Periodo Cronológico	Facciones en Pugna	Consecuencia Institucional / Geopolítica
Guerra Nacional de Soberanías	1860 - 1862	Federalistas vs. Gobierno Central	Imposición de la Constitución Radical de Rionegro.
Guerra Civil de los Mil Días	1899 - 1902	Liberales Insurrectos vs. Estado Conservador	Ruina económica absoluta y muerte del 2.5% de la población.
Intervención y Segregación Istmeña	1903	EE.UU. y Separatistas vs. Colombia	Pérdida de Panamá y subordinación geopolítica regional.

La pérdida del istmo no sirvió, infortunadamente, como una lección duradera para las élites gobernantes. A pesar de la unificación temporal propiciada por el gobierno del general Rafael Reyes en su esfuerzo por reconstruir la infraestructura material del país, el virus del

sectarismo permaneció latente en las décadas siguientes. La denominada "Hegemonía Conservadora" mantuvo el control del aparato estatal hasta 1930, cuando la división interna permitió el regreso de los liberales al poder bajo la consigna de la "Concentración Nacional". Lejos de una transición pacífica, el cambio de guardia reabrió las viejas heridas de la persecución burocrática y la violencia rural en las regiones interiores de Boyacá y Santander, preludio de la catástrofe social que estallaría a mediados del siglo XX.

CAPÍTULO II: GILBERTO ALZATE AVENDAÑO: EL MARISCAL CONTRA EL ESTABLECIMIENTO

Fue en el ambiente de polarización apocalíptica de mediados del siglo XX —periodo que la historiografía ha denominado crudamente como "La Violencia"— donde comenzó a resonar con fuerza propia la voz de un joven intelectual caldense que desafiaría las lógicas sagradas de su propio partido: Gilberto Alzate Avendaño. Nacido en la ciudad de Manizales en 1910, en el corazón de una próspera región cafetera, Alzate Avendaño destacó prontamente como un orador de condiciones excepcionales y un polemista de erudición verdaderamente enciclopédica.

Desde sus primeros años en las aulas de derecho, Alzate rehusó alinearse de manera sumisa con el dogma dictado por los directorios políticos asentados en la lejana capital. Comprendió con absoluta lucidez que el modelo doctrinario y maximalista de Laureano Gómez condenaba al conservadurismo colombiano a convertirse en una fuerza puramente defensiva, elitista, clerical en el sentido más reaccionario y estructuralmente incapaz de responder a las demandas de una sociedad que se urbanizaba a pasos agigantados. El joven líder caldense propuso una alternativa audaz y sumamente peligrosa para el statu quo: un conservadurismo de masas, popular, obrero, impregnado de justicia social y decididamente volcado hacia la modernización económica dirigida por el Estado.

La disidencia de Alzate, calificada despectivamente por los jerarcas tradicionales como el "alzatismo", comenzó a estructurarse con rapidez como un movimiento político con base electoral y territorial propia, con epicentro en el Viejo Caldas pero con ramificaciones crecientes en Antioquia, el Valle del Cauca y las barriadas obreras de Bogotá. Alzate, a quien sus huestes y juventudes militantes llamaban con ciego fervor "El Mariscal", fustigaba con idéntica vehemencia tanto a la oligarquía liberal con tendencias cosmopolitas en el gobierno como a la complacencia senil, patricia y desconectada de la dirección conservadora tradicional,

a la que acusaba de traicionar las bases populares en favor de prebendas burocráticas y pactos de salón.

"No somos conservadores para guardar las cenizas del pasado en un cofre de plata, sino para avivar el fuego que ha de forjar el porvenir industrial y soberano de la nación".

— Gilberto Alzate Avendaño

El pensamiento de Alzate Avendaño no era el fruto de un capricho retórico, sino el resultado de una rigurosa lectura de las crisis occidentales de las décadas de 1930 y 1940. A diferencia de sus contemporáneos, que veían en los acontecimientos europeos meras peleas ajenas, "El Mariscal" identificó el agotamiento definitivo del modelo democrático burgués de corte decimonónico. Sus escritos en periódicos fundamentales de la época como *Diario de Colombia* y la revista *Derechas* denunciaban la farsa de un sistema político formal que garantizaba libertades jurídicas abstractas en el papel, mientras condenaba a las mayorías trabajadoras a la miseria material y al analfabetismo funcional. El alzatismo, por ende, nació como una insurrección interna dentro del conservadurismo, buscando arrebatarle las banderas de la reforma social al liberalismo y al naciente socialismo de matriz marxista.

Esta postura contestataria le valió la enemistad jurada del laureanismo oficialista, que veía en las tesis sociales de Alzate una peligrosa desviación de corte fascistoide o izquierdista. Los choques en las convenciones partidistas fueron feroces, llegando en ocasiones a la confrontación física entre las facciones. Sin embargo, la agudeza intelectual de Alzate le permitía navegar estas tempestades con una autoridad incuestionable. Su estrategia consistía en demostrar que la verdadera tradición hispánica y católica de la nación no residía en el inmovilismo económico de las élites terratenientes, sino en la instauración de un orden justo y audaz que incorporara a los sectores populares a los beneficios del progreso técnico e industrial, protegiendo al país de las influencias disolventes del imperialismo norteamericano.

La madurez política de Alzate coincidió con el resquebrajamiento total del orden civil tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Durante los años subsiguientes de dictadura civil

y guerra rural generalizada, Alzate mantuvo una postura compleja: apoyó inicialmente medidas de orden público para contener la anarquía, pero boicoteó de forma sistemática los intentos de Laureano Gómez por imponer una constitución corporativa de corte estrictamente reaccionario y excluyente. Esta independencia de criterio le permitió convertirse en un actor clave para el ascenso al poder del general Gustavo Rojas Pinilla en 1953, viendo en el régimen militar provisional la oportunidad histórica de clausurar definitivamente el esquema bipartidista tradicional que tanto daño había causado al suelo colombiano.

CAPÍTULO III: FILOSOFÍA Y DOCTRINA ALZATISTA: HISPANIDAD, ORDEN ORGÁNICO Y CORPORATIVISMO

La doctrina legada por Gilberto Alzate Avendaño no debe interpretarse como una simple recopilación de discursos coyunturales o una plataforma electoral pasajera; constituye, en cambio, un sistema de pensamiento profundamente articulado, con sólidos fundamentos metafísicos, sociológicos y económicos. Frente a la concepción liberal del Estado, al que percibe como un mero contrato jurídico revocable entre individuos abstractos y atomizados, el alzatismo opone la visión tradicional de la sociedad como un cuerpo místico, vivo y orgánico. Las familias, las comunidades locales, los gremios de trabajadores y las asociaciones profesionales no son invenciones estatales, sino los órganos naturales e interdependientes a través de los cuales el ser humano se integra y se realiza de manera plena.

Dentro de este esquema de pensamiento de corte organicista, la noción de autoridad recupera su dimensión metafísica y moral. El Estado no es una simple maquinaria administrativa neutral encargada de gestionar servicios públicos o arbitrar transacciones comerciales de manera fría; es el rector supremo del destino histórico de la comunidad, el guardián de su patrimonio espiritual y el instrumento indispensable para imponer la justicia social sobre los intereses egoístas de los grandes capitales. El gobernante alzatista, por lo tanto, no se debe a los caprichos volubles de la opinión pública manipulada por la prensa oligárquica, sino a los fines permanentes de la nación y al bien común objetivo de sus ciudadanos.

Los Pilares Fundamentales de la Doctrina

1. La Hispanidad Integradora: Entendida no como una nostalgia colonial inútil por el antiguo Imperio Español, sino como el reconocimiento científico de la matriz espiritual, lingüística y cultural común que dio nacimiento a las naciones del continente americano. Se

promueve la restauración del orgullo y de la conciencia hispanista frente a las tentativas de asimilación cultural y los modelos abstractos impuestos por el materialismo y el imperialismo anglosajón.

2. El Nacionalismo Católico Social: Subordina de manera explícita la acción económica y política del Estado a los principios eternos de la moral cristiana y de la Doctrina Social de la Iglesia, especialmente a las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*. El catolicismo es concebido como el aglutinante espiritual histórico de la población colombiana, el único elemento capaz de proporcionar una base ética compartida por encima de las facciones políticas.

3. El Corporativismo Económico y de Estado: Propone la abolición radical del parlamento liberal inorgánico —al que considera un nido de abogados venales y representantes de las plutocracias locales—, reemplazándolo por una auténtica representación corporativa. En este modelo, los ciudadanos participan en las decisiones colectivas a través de sus funciones reales dentro de la sociedad (sindicatos de trabajadores, gremios de la producción, universidades, asociaciones vecinales). Bajo esta arquitectura institucional, la lucha de clases de matriz marxista es reemplazada por la colaboración vertical obligatoria, mediada y arbitrada siempre por la autoridad inapelable del Estado.

El corporativismo alzatista se distanciaba de las versiones más reaccionarias de la época al otorgarle un papel de vanguardia a las organizaciones sindicales obreras. Alzate Avendaño no pretendía destruir los sindicatos, sino nacionalizarlos, arrebatándoselos a la influencia de los partidos de izquierda y dotándolos de un estatus constitucional que les permitiera cogestionar la economía junto al capital privado y el Estado. La propiedad privada era defendida con firmeza, pero bajo la estricta condición de cumplir una función social ineludible. Las industrias estratégicas, la explotación de recursos naturales y la red de transportes nacionales debían estar bajo el control directo o la estrecha vigilancia del Estado central para evitar la fuga de riquezas hacia los centros financieros del extranjero.

En el plano internacional, este corpus doctrinal posicionaba al alzatismo en la vanguardia de lo que hoy denominamos geopolítica sudamericana. Alzate vislumbraba una confederación de naciones hispanoamericanas unidas por un bloque defensivo y comercial común, capaz de negociar en igualdad de condiciones frente a los gigantes del hemisferio norte y la órbita

soviética. Este enfoque, marcadamente autonomista y continental, convertía al alzatismo en una temprana manifestación de la "Tercera Posición" ideológica en el trópico americano, un pensamiento que desafiaba de frente la subordinación automática a los dictámenes coloniales de los bloques hegemónicos de la postguerra mundial.

CAPÍTULO IV: EL ALZATISMO EN EL SIGLO XXI: METAMORFOSIS DIGITAL, ESTÉTICA IDENTITARIA E INFILTRACIÓN UNIVERSITARIA

Con el advenimiento del siglo XXI y la consolidación de la globalización tecnológica, el panorama político e institucional de Colombia ha entrado en una fase crítica de descomposición y total deslegitimación de los partidos tradicionales. En este profundo vacío de referentes ideológicos sólidos, las tesis de Gilberto Alzate Avendaño han experimentado una radical mutación estética y un vigoroso renacimiento intelectual. Este fenómeno contemporáneo no se expresa a través de los viejos directorios políticos corruptos, sino mediante colectividades juveniles autónomas, comunidades digitales de vanguardia y células militantes incrustadas en los campus universitarios.

La principal característica de este alzatismo del nuevo siglo es su abierta y consciente asimilación de estéticas, narrativas y marcos doctrinales transnacionales adscritos a la denominada **derecha radical identitaria, el hispanismo integrista y el nacionalismo católico tradicionalista**. Estas agrupaciones de jóvenes profesionales y estudiantes han resignificado de raíz la figura de "El Mariscal" Alzate Avendaño, elevándolo a la categoría de un ícono fundacional de la **Tercera Posición colombiana**: una figura heroica, indómita y puramente criolla, cuyo carácter marcadamente **antiliberal y anticomunista** sirve de escudo conceptual e identitario contra la hegemonía cultural progresista, el deconstruccionismo social y el globalismo hipercapitalista de mercado.

La Evolución Heráldica: De la Bandera Clásica al Emblema Neoalzatista

La transformación de este movimiento no es únicamente discursiva; es profundamente estética, iconográfica y simbólica. La heráldica tosca utilizada por las vertientes clásicas del

alzatismo caldense de mediados del siglo XX ha sido sustituida por un lenguaje visual de alta definición, estilizado e influenciado por los movimientos nacionalistas de vanguardia y el tradicionalismo estético paneuropeo.

Para comprender la metamorfosis de esta corriente de manera fidedigna, el siguiente cuadro técnico expone la transición exacta utilizando las piezas gráficas originales del movimiento:



Este cambio heráldico refleja un salto cualitativo en la autopercepción del movimiento. Mientras que la bandera original simbolizaba una ruptura faccional dentro de la maquinaria del Partido Conservador, el nuevo Web-Emblema con la leyenda heráldica del imperio donde nunca se ponía el sol explicita una vocación civilizatoria universal. Las franjas blancas,

interpretadas por los teóricos actuales del grupo como los pilares del orden y la justicia vertical, enmarcan una acción militante que ya no busca ganar una gobernación o una curul local, sino disputar de manera integral el sentido común de la sociedad civil y la dirección espiritual e histórica de la patria.

La Infiltración Intelectual en las Universidades y el Ecosistema Digital

A nivel sociológico, el surgimiento de núcleos militantes que se definen con orgullo como neofascistas, católicos integristas e hispanistas radicales en los espacios tradicionales de educación superior representa un quiebre absoluto en la prolongada hegemonía que las corrientes de izquierda han ejercido en Colombia. Clanes clandestinos e intelectuales de estudiantes en facultades de Derecho, Filosofía, Historia y Ciencia Política en las principales metrópolis del país han conformado activas sociedades de debate y círculos cerrados de lectura. En estos espacios, el pensamiento autóctono de Gilberto Alzate Avendaño se cruza de manera sistemática con las tesis de la Falange Española, el tradicionalismo carlista ibérico, el fascismo clásico italiano y las obras de los teóricos de la Revolución Conservadora europea.

En el ecosistema virtual, a través de canales cifrados de Telegram, perfiles de alto impacto en las redes y foros identitarios de acceso restringido, estas juventudes construyen una mística basada en el rechazo radical al pluralismo relativista de la democracia liberal y al materialismo histórico. La figura mítica de Alzate Avendaño es instrumentalizada en este frente virtual como el puente perfecto: un héroe netamente nacional y de raigambre criolla que validó teórica y prácticamente el corporativismo armónico, la preeminencia espiritual de la Iglesia y la necesidad histórica de instaurar un Estado autoritario, fuerte, centralizado e incorruptible.

CAPÍTULO V: LA NUEVA PROPAGANDA: AGITACIÓN VISUAL DE LA UNIÓN NACIONALISTA COLOMBIANA (UNC) E INSPIRACIÓN EUROPEA

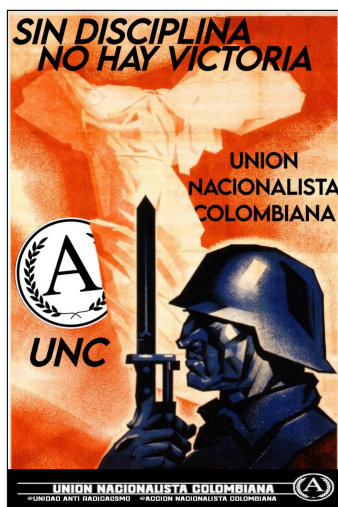
El renacimiento del alzatismo en el siglo XXI ha encontrado su herramienta de penetración cultural más eficaz en el desarrollo de una sofisticada estrategia de agitación visual. Las nuevas juventudes identitarias, articuladas bajo las siglas de la **Unión Nacionalista Colombiana (UNC)**, han comprendido que la batalla por las ideas se libra principalmente en el campo de la percepción estética. Por esta razón, han desestimado los formatos panfletarios tradicionales del conservadurismo para dar paso a un estilismo gráfico de vanguardia que bebe directamente de las corrientes más potentes de la propaganda política europea de la primera mitad del siglo XX, adaptándolas a las consignas y realidades críticas de la Colombia actual.

Este fenómeno de reapropiación visual se caracteriza por la fusión selectiva de elementos del futurismo, el constructivismo de entreguerras y el diseño tipográfico e iconográfico nacionalista. La propaganda contemporánea de la UNC utiliza contrastes cromáticos violentos —donde imperan el negro absoluto, el amarillo y azul patrióticos, y el rojo heráldico— combinados con mensajes directos que buscan apelar al patriotismo popular y obrero. Las composiciones visuales evitan deliberadamente la estética caótica e informal de la cultura pop moderna, buscando transmitir sensaciones de orden, fuerza, jerarquía y solemnidad doctrinal.

Para ilustrar el despliegue de esta nueva ola de agitación estética, a continuación se presentan tres piezas fundamentales de cartelera urbana e iconografía digital utilizadas activamente por los militantes de la **Unión Nacionalista Colombiana (UNC)** como referencias doctrinales:



Pieza 1: "Industrializa tu Patria". Cartel que apela de forma directa al obrero y al productor nacional. Fusiona el realismo heroico del trabajador con el fondo tricolor y la silueta de fábricas, rematado en la esquina inferior con el emblema neozlatista de la orla de laurel que encierra la clásica "A". Proyecta el ideal corporativista de desarrollo industrial autónomo y soberano.



Pieza 2: "Sin Disciplina no hay Victoria". Cartel de marcado carácter militar e identitario. Muestra la silueta de un soldado con casco de acero portando una bayoneta calada, recortado sobre un fondo ardiente y la estatua de la Victoria alada. Incorpora de forma explícita las siglas de la colectividad (UNC) y la leyenda "Unión Nacionalista Colombiana".



Pieza 3: "Salvemos a Colombia". Afiche de agitación geopolítica y de combate ideológico. Utiliza un fondo amarillo sobre el cual una mano enguantada de negro (que porta el escudo heráldico de la organización) corta con un puñal el brazo rojo del comunismo internacional, el cual intenta subyugar y desangrar la silueta geográfica del mapa de Colombia.

La inserción de este corpus gráfico dentro de la matriz de la propaganda política contemporánea no es un hecho fortuito. Al aplicar técnicas de alto contraste fisonómico, iluminación expresionista y encuadres contrapicados, los propagandistas digitales de la UNC logran transformar los postulados abstractos de la Tercera Posición en símbolos inmediatos de resistencia jerárquica. El uso icónico de estas imágenes evoca la disciplina estética de los movimientos europeos de los años treinta, distanciando la memoria del movimiento de la imagen de los políticos tradicionales vinculados al clientelismo de hacienda o a la oratoria populista tropical.

A nivel operativo, esta nueva propaganda se despliega con precisión científica a través de las redes sociales visuales más utilizadas por las generaciones jóvenes. Las cuentas identitarias saturan los muros informativos con infografías estilizadas, citas doctrinales superpuestas sobre

imágenes monumentales y videos breves con música marcial o electrónica de vanguardia. Este bombardeo estético opera sobre el subconsciente de los usuarios descontentos con la modernidad líquida, ofreciéndoles una alternativa visual que proyecta certeza, pertenencia y una mística heroica en un mundo percibido como plano y desprovisto de valores trascendentes.

Asimismo, este despliegue visual se materializa en el espacio urbano mediante campañas coordinadas de pegado de carteles de alta calidad y la realización de plantillas y murales de diseño impecable en los alrededores de los principales centros universitarios del país. Estas intervenciones físicas, conocidas en su argot como "propaganda de asalto", buscan romper la monotonía de la iconografía izquierdista tradicional en las paredes de las facultades públicas, generando un impacto psicológico inmediato en el estudiantado. La presencia en las calles de un lenguaje visual que emula la disciplina estética de los movimientos europeos obliga a los opositores ideológicos a reaccionar, instalando al neofascismo e hispanismo de la UNC en el centro del debate contracultural contemporáneo de la nación.

CONCLUSIÓN: HACIA UNA REIVINDICACIÓN DE LA UNIDAD NACIONAL

El alzatismo se yergue en la Colombia contemporánea como una propuesta de sorprendente vigencia ante los desafíos de una nación que continúa desangrándose en formas sutiles, pero igualmente destructivas, de fragmentación interna. Mientras persistan las fracturas morales, políticas y territoriales que amenazan con disolver la existencia misma de la república, la bandera negra con el círculo blanco, las siglas de la UNC y las orlas de laurel del alzatismo moderno continuarán ondeando en las redes digitales, en los carteles de propaganda urbana y en las aulas de estudio, convocando a las nuevas generaciones a edificar la patria unida, soberana y corporativa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alzate Avendaño, G. (1953). *Obras Seleccionadas*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Alzate Avendaño, G. (1944). *La Revolución Conservadora: Textos y Discursos Políticos*. Manizales: Editorial Renacimiento.

Unión Nacionalista Colombiana (UNC). (2026). *Manifiestos y Cartelería de la Agitación Estética Identitaria*. Archivo Digital de la UNC.

Valencia, L. E. (1975). *Gilberto Alzate Avendaño: El Mariscal de la Disidencia*. Manizales: Imprenta Departamental de Caldas.